

CUENTO

Para eso es hombre

Escribe: JOSE CHALARCA

No recuerdo si usaba zapatos, solo que era una época difícil para la familia. Una racha de mala suerte que culminó con la prisión del padre, lo forzó a dejar la escuela y a emplearse como mandadero en una casa de ricos cuando tenía apenas once años.

La señora era menuda —pequeña y flaca—, con una cara de muñeca antigua. El señor un doctor metido en la política que en el momento de su llegada a la casa era senador de la república y estaba hacía varios meses en la capital para asistir a las sesiones ordinarias de las cámaras.

No había chofer; la señora misma conducía el automóvil, un carro pequeño, color gris ratón, quizá un mercedes en el que él le acompañaba sentado en el cojín de atrás para recoger los paquetes durante las cortas sesiones de compras.

No le fijaron sueldo ni le señalaron funciones y acabó haciendo de todo. Al segundo día de trabajo la señora le entregó una pesada máquina para que recortara el pasto del jardín que rodeaba la casa por tres de sus costados.

La máquina era superior, muy superior a sus pequeñas fuerzas pero no obstante tuvo que moverla porque la señora dijo que para eso era un hombre.

Ese día sudó todo el sudor que no había sudado y parte del que sudaría en el futuro. Llegó a casa al filo de la noche con las manos ensangrentadas de las llagas que dejaron las ampollas al reventarse.

La madre las alivió con lágrimas y gotas de sebo. De su ración de comida y con la complicidad de la cocinera llevó los mejores bocados para la madre y los hermanos desde el primero hasta el último día que duró su empleo.

La casa era muy grande; él tuvo acceso por la puerta de atrás solo a la cocina y a un altillo ubicado encima de la pieza del servicio en el que se almacenaban trastos viejos y los libros de estudio ya estudiados por los dos hijos únicos de la señora.

Por lo que sus escasos años le permitieron entender las cosas no iban bien ni para la señora, ni para su marido político ni para la casa y, según los gestos y exclamaciones de su patrona, tampoco para el país. Que el presidente enfermo, que había asumido el primer designado, que se rumoraba, que se dio un golpe de estado, que se clausuró el congreso pero que el senador no regresaba todavía.

A media mañana del cuarto día de trabajo la señora le hizo dejar la viruta metálica con que raspaba el piso del corredor de acceso a la cocina para que subiera al baúl del carro una caneca voluminosa y la acompañara a traer el petróleo para la estufa y el calentador de agua.

Ya estaba subido en el carro aún dentro del garaje cuando apareció la señora demudada. Le dijo que se había desaparecido el dinero y le ordenó irse a la cocina.

Desde allí escuchó como le decía a la criada: Yo metí la plata aquí, era un fajo de billetes y desapareció. Tuvo que ser ese muchacho quien se los robó; no diga nada usted... Y esa cara de inocente, de mosquita muerta... no, esa gente, la gente como ellos es capaz de cualquier cosa... que no entró aquí... acaso usted está pegada de él a toda hora...? no mijita... son muy hábiles, muy ligeros, una no puede espabilarse con ellos... que no tiene alcance?, hija no hay que dejarse engañar por las apariencias... el que menos corre vuela y como se los traga la pereza... solo les gusta lo facilito... aprovecharse de lo ajeno... llamaré a la policía, en una casa de menores, en un reformatorio es donde debía estar... claro, el que lo hereda no lo hurta... por algo y no precisamente por santo metieron al papá en la cárcel... dále el almuerzo y que se largue que mis ojos no lo vean más porque soy capaz de cualquier cosa...

La cocinera lo encontró llorando. Le sirvió el almuerzo pero el muchachuelo no pudo echarse un bocado. La señora llamó de nuevo y la mucama acudió de prisa.

Oyó que le decía... miya, estaba caída en el primer cajón del chifoníe... seguramente yo misma la tumbé cuando saqué las enaguas... dígame a ese muchachito que se aliste que se nos va a hacer tarde para el petróleo.

Regresaron las dos y él no había podido parar sus lágrimas. La señora se puso entonces colérica. No me gustan los muchachos llorones. Y le señaló la puerta.

En pago por sus cuatro días de trabajo, descontado el valor de la comida que se había comido, le dio un pantalón viejo del menor de sus hijos que no necesitó medirse porque hasta a ojo de mal cubero cabría en él por lo menos dos y media veces.